

Las huellas de don Marcelo

Se cumplen ya tres años del fallecimiento de este gran hombre de la Iglesia en España, grande en tantos aspectos, que fuera arzobispo de Toledo y Primado de España: el cardenal Marcelo González Martín. Escribe monseñor García-Santacruz, obispo de Guadix



Don Marcelo, junto a Juan Pablo II

La mente y el corazón de quienes tuvimos la suerte de conocer de cerca a don Marcelo evocan recuerdos, desgranados vivencias, admiradas actitudes y, sobre todo, agradecen. Sentimientos de gratitud que comparten por igual muchas personas de las parcelas en que don Marcelo sembró la semilla del amor en el ejercicio de su ministerio pastoral: Valladolid, Astorga, Barcelona. Pero, sobre todo, estoy seguro de que son miles de diocesanos de Toledo los que guardan todavía, y lo harán por mucho tiempo, el recuerdo agradecido de quien supo ganarse las voluntades y gastarse con generosidad en la búsqueda del bien espiritual, también material en no pocos casos, de los fieles que la Iglesia le confió.

El paso de don Marcelo por la diócesis primada ha dejado huellas profundas y dilatadas, cual corresponde a unas pisadas fuertes y seguras como las suyas. Con singular afecto recuerdo aquella mañana luminosa y fría de 23 de enero de 1972. Precisamente ese día, en que Toledo cada año se congrega en la catedral primada para celebrar a Ildefonso, el santo arzobispo defensor, en el siglo VII, de la virginidad de María, y de cuyo nacimiento se celebra ahora gozosamente el XIV centenario, comenzaba su andadura en tierras nuevas para él este memorable servidor del pueblo de Dios. Las bajas temperaturas fueron atemperadas por la calurosa bienvenida tributa-

da al 117 sucesor de san Eugenio en la sede toledana.

Con sus cincuenta y cuatro años recién cumplidos, lleno de vitalidad y energía, radiante de esperanza, cargado de experiencias materiales y espirituales, entraba en la milenaria Toledo para ejercer el triple *munus* –santificar, enseñar, regir– que la Iglesia de Cristo le confiara. Era consciente de que le había precedido en la tarea episcopal una larga lista de magníficos y escogidos prelados como Cisneros, Tavera, Silíceo, Sandoval, Portocarrero, Lorenzana, Payá, Sancha, Reig Casanova, Segura, Goma, Plá y Deniel, Tarancón...

Sin tratar de superar a ninguno de sus predecesores, y sí de potenciar las empresas que había heredado de ellos, empeñado en impulsar la puesta en práctica de las enseñanzas renovadoras del Concilio Vaticano II en cuyas cuatro sesiones participó, con paso firme y decidido, con valor y claridad, con visión de futuro y buena dosis de esperanza y de paciencia, desde el primer momento emprendió la labor: sembrar y defender la verdad del Evangelio...; marcar caminos certeros para los campos de la vida cristiana...; recorrer todos los arciprestazgos, haciéndose presente en sus numerosas parroquias...; fortalecer y reestructurar el seminario, que él soñaba *nuevo y libre*...; cuidar esmeradamente la vida de los sacerdotes en sus aspectos humano, científico, pastoral y espiritual, inculcándoles

afanosamente la fidelidad a la Iglesia en el cumplimiento de todas sus normas...; animar a las monjas de vida contemplativa agradeciéndoles el apoyo de sus oraciones a favor de la pastoral diocesana...; pedir a las comunidades religiosas su presencia y trabajo en ámbitos compatibles con su carisma institucional...; trabajar para que la catedral, primer templo de la diócesis, sea modélico en las celebraciones culturales, en la atención espiritual de cuantos la buscan, y también centro de cultura cristiana con el objetivo concreto de dar a conocer a Cristo y su doctrina...; organizar convenientemente la curia eclesiástica...; y la valiente empresa del Sínodo diocesano que aglutinó a miles de personas en la búsqueda de cauces para fomentar la vida cristiana y religiosa, estimular el celo pastoral de los sacerdotes y promover la responsabilidad y santidad de los fieles.

Y fueron creciendo los frutos deseados: un laicado competente y bien dispuesto para militar en movimientos de apostolado secolar; equipos de catequistas, formados en escuelas, capacitados para animar la fe en niños, jóvenes y adultos; cofradías y hermandades con inquietudes restauradoras; Cáritas bien estructuradas y con organizaciones adecuadamente emplazadas y equipadas para atender y promocionar a los más desfavorecidos; centros de educación católica para seculares; el CETE con sus anuales y famosas Semanas de Teología espiritual; nuevas casas religiosas y asociaciones de fieles; y, sobre todo, los numerosos y bien formados sacerdotes, pastores del pueblo de Dios, que siguen saliendo del seminario y son los esforzados impulsores de la nueva evangelización que anhelaba Juan Pablo II.

Imposible meter todas las huellas marcadas por don Marcelo a su paso por la archidiócesis de Toledo en el corto espacio de unas líneas. Ya fueron recogidas, en gran parte, y publicadas en gruesos volúmenes. Pero ahí están, esparcidas y dando frutos por los pueblos y ciudades de esta diócesis, que recorrió palmo a palmo, en numerosas ocasiones, para organizar, estimular, mover..., santificando, enseñando, rigiendo. Siempre con autoridad, que no arrogancia ni obstinación; siempre con entrega a fondo y sin regateos; y siempre con amor –*que es el ceñidor de la unidad consumada*– a Dios y a los hijos de Dios.

En el tercer aniversario de su muerte justo es que manifestemos nuestra gratitud en profunda oración a Dios Padre, que ha bendecido a la Iglesia toledana con la caridad pastoral de sus obispos: don Marcelo y sus antecesores que, como él, *duermen ya el sueño de la paz*; y sus sucesores, los cardenales Francisco Álvarez Martínez y Antonio Cañizares Llovera, que valientemente han seguido manteniendo y, en la medida de sus posibilidades, agrandando lo que recibieron con la entrega de una antorcha resplandeciente y un espléndido testigo colmado de existencias.

+ Juan García-Santacruz Ortiz